

Así como son, no sólo los huitotos de hoy sino las demás comunidades indígenas de hoy, capaces de sobrevivir innovando, utilizando cualquier fórmula e imprimiendo su sello cultural. Y el fútbol es una de esas fórmulas europeas que los paisanos han sabido capturar, recrear y convertir en un espacio importante de sus vidas cotidianas, sitio que, incluso, ordena hoy a su alrededor la vida urbana de muchas comunidades indígenas que no tienen iglesia, como si la tenían los españoles, pero sí poseen canchas de fútbol en torno a las cuales ubican sus casas.

La vida del mejor puntero derecho que tuvo, probablemente, la época de El Dorado, es un ejemplo para las nuevas generaciones, para Leticia y para los indígenas.

Y la lección más importante radica en esa combinación de audacia y esfuerzo constante y persistente para llegar a una meta aún en condiciones profundamente desfavorables: el puntero de raya más veloz del Amazonas, que además, tenía que compartir su tiempo de futbolista con múltiples tareas estúpidas que impone siempre la necesidad de sobrevivir en Colombia a los hombres talentosos, ese hombre, el «Leticiano» Guzmán, se entrenaba mientras corría hasta el banco a hacerle las innumerables consignaciones a Arturo Villarreal. Ahí está pintado nuestro país y el esfuerzo que los deportistas del Amazonas tienen que hacer para salir adelante.

Ojalá algún día las cosas cambien y el gobierno central entienda el valor de esta hermosa región y de su gente. **BU**

Una incursión al fondo de la barbarie

Jéssica Rodríguez López
Profesora Universidad Nacional Agraria La Molina, Perú.

Alonso Cueto es uno de los más talentosos y prolíficos narradores peruanos de los últimos veinte años. Su primer libro, *La batalla del pasado* (1983), lo presentaba como un dotado escritor en cuyas historias los personajes, las situaciones y la atmósfera se construían con lentitud y sutileza, al modo de Henry James, uno de sus autores preferidos. No obstante este temprano logro, en sus siguientes libros emprendió una búsqueda formal de

resultados desiguales, hasta que a partir de *El vuelo de la ceniza* (1995) parece encontrar un estilo que le satisface, en el que se siente seguro. Se suceden, entonces, *Demonio del mediodía* (1999), *El otro amor de Diana Abril* (2002), *Grandes miradas* (2003), estupendas novelas coronadas por *La hora azul*, Premio Herralde 2005.

Las novelas de Cueto extraen sus temas de la realidad inmediata, y aunque no buscan necesariamente reflejar el entorno social, enfocan su atención a los personajes y comportamientos de los sectores medios.

En *Grandes miradas*, cuya acción está situada en el período más negro de la dictadura de Alberto Fujimori, ha incursionado en el tema político, explorando el universo de la corrupción, pero también la fortaleza moral que se necesita para no claudicar ante el miedo y los halagos del poder.

Esa novela, que aborda uno de los asuntos candentes de la historia peruana reciente, hacía avizorar una aproximación de Cueto a otro de los traumas nacionales no resueltos y quizás aun más profundo: el de la violencia desatada durante más de quince años, a partir de 1980, por las huestes de Sendero Luminoso y reprimida, por momentos, con parecida ferocidad por las fuerzas armadas.

La hora azul narra la historia de Adrián Ormache, joven y exitoso abogado limeño, cuyo padre, oficial de la Marina, había sido jefe de un destacamento contra subversivo en la zona de Ayachuco, foco de la insurgencia senderista. La muerte del comandante Ormache lleva a Adrián a descubrir algunos aspectos inquietantes de la trayectoria de su padre, especialmente los referidos a la extraña relación que habría tenido con una joven prisionera. Descuidando sus asuntos profesionales, el abogado se lanza a buscar a la misteriosa muchacha, y en esa búsqueda encuentra cosas que terminan por darle un nuevo sentido a su vida.

Como lo ha declarado su autor, esta historia tiene su punto de partida en un hecho realmente acontecido. Sólo el punto de partida, sin embargo, porque la novela no busca ceñirse ni explicar ni siquiera describir el conflicto armado. Se limita a situar la acción en ese contexto, dejando correr libremente la ficción, y explora, más bien, otros aspectos, como las repercusiones de la violencia en los seres humanos y el abismo que ese contacto les lleva a descubrir en su interior.

Una primera virtud de *La hora azul* es el excelente manejo de la trama. Cueto ha incorporado a su novela elementos del policial, pues la peripecia de Adrián Ormache está planteada como una búsqueda que va sorteando pistas falsas, y ha sabido graduar convenientemente el suspenso, sin por ello cifrar todos sus esfuerzos en el final sorpresivo. El lector resulta atrapado desde el inicio por una intriga que combina sus giros con cambios de escenario y con la introducción de variados

personajes. La narración se mueve constantemente y pasa de la intimidad del protagonista y su elegante bufete, a los barrios populares de Lima y las ciudades de Huanta y Ayacucho.

La guerra desatada por Sendero Luminoso hizo visible la fractura histórica del Perú, la terrible división cultural, racial, económica de su población, que de diversas maneras se venía soslayando desde los inicios de la república. Para una novela que sitúa sus acciones en un contexto de violencia, ignorar este punto hubiese resultado imposible, pero también era sumamente difícil abordarlo. Cueto opta por personificar en Adrián y Míriam esos extremos, y logra a través de la relación de estos personajes asomarnos a la complejidad de un Perú múltiple cuyos componentes casi siempre se dan la espalda.

Pero, como dijimos, la novela no es básicamente testimonial, y es en la densidad de sus personajes donde reside su segunda virtud. Míriam es una muchacha mezcla de miedo y fortaleza, testigo del comportamiento contradictorio del comandante Ormache –con quien llega a engendrar un hijo–, que por un lado la retiene en el cuartel, abusa de ella, y por otro la protege de sus soldados. Producto de esa experiencia, Míriam adopta el comportamiento escurridizo de las víctimas que desean olvidar. Adrián, en cambio, embargado de un confuso sentimiento de culpa por lo que va descubriendo sobre su padre, empieza a replantearse su posición frente a su familia y su profesión.

La relación de Míriam y Adrián bordea el melodrama, pero en ningún momento cae en él. Ello se debe en parte a un planteamiento que busca aprovechar las luces y las sombras, las palabras y los silencios, los impulsos y las reticencias; que combina descripciones prolijas con trazos gruesos, y se niega a calificar lo que por su misma naturaleza es controversial, múltiple. Así, Míriam y Adrián, que representan aquellos dos mundos, no llegan a una comunicación plena, aunque se acerquen a una distancia que él no hubiera sospechado al inicio de su búsqueda, y el final de la historia queda abierto a las posibilidades simbolizadas por Miguel, el probable hijo del comandante Ormache.

La hora azul es, en muchísimos otros aspectos, una excelente novela. Su autor, más que un *thriller* al uso, ha representado en ella una incursión al fondo de la barbarie, de la que el lector regresa conmocionado.

Esta obra no hace sino confirmar a Alonso Cueto como uno de los mejores novelistas hispanoamericanos. **bU**